

lución y huyen de la disidencia activa. De ahí el frecuente despegue con que tratan a los movimientos tercermundistas, que no buscan sino reivindicar los derechos humanos más elementales. Víctimas de la división del trabajo y de su alejamiento de la práctica, estos intelectuales se pierden fácilmente en una apreciación mixtificada de la realidad. Los trabajadores de los países donde viven son oprimidos, los marginados olvidados, y los disidentes condenados a la impotencia. Hay un Megagolag occidental que vuelve locos también a sus disidentes.

Es habitual la condena por parte de los psiquiatras occidentales de la utilización política de la ciencia en los regímenes del Este. Pero es frecuente olvidar que aquí también se utilizan los mismos métodos con el mismo fin. La psicocirugía está en boga, y también la implantación de electrodos para control del individuo. Una enfermedad mental, que acaso es producto de una desalienación política primaria, puede recibir un tratamiento similar. En el Congreso Internacional de Milán, el psiquiatra norteamericano Szasz habló de culpabilidad para la profesión, en tanto persistan estos métodos, y en tanto se siga autorizando o recomendando el encierro psiquiátrico contra la voluntad del paciente. El cual quizá llegue a sufrir una extirpación de parte de su cerebro, como método eficaz de devolverle la docilidad.

Algunos activistas disidentes occidentales actúan contra la psiquiatría estructurada desde dentro, como personal anejo al sistema manicomial. Su trabajo les permite luchar eficazmente contra la vigilancia y el control crecientes. Este movimiento, como otros paralelos, busca en la autogestión la ruptura de la cadena represiva, que se ejerce sobre el individuo a través de la enseñanza, del sistema jurídico-penal. O de la misma psiquiatría de la que hablamos, que se encarga de actuar sobre el individuo, al servicio de una sociedad con intereses. Para Cooper (1), ninguna actuación ha de verse fuera de su contexto; incluso en el caso de Manson, donde considera inevitable recordar que los Estados Unidos estaban en lucha en Vietnam, dentro de un contexto propagandístico que legalizaba mesiánicamente el asesinato en masa. O el caso del grupo Baader-Meinhoff, cuyas actuaciones intentan destruir los agentes capitalistas, como única forma de acabar con el sistema vigente, dado que la propagan-

dá anestesia a la sociedad en que viven. Y quien escapa a este efecto, la represión en Occidente le condena a la impotencia. En el Tercer Mundo, donde se fomentan los Gobiernos restrictivos favorables a los intereses imperialistas, la disidencia se incrementa y produce grupos activos. En la zona de influencia soviética aumentan las tendencias autonomistas, partidarias de socialismos no vinculados. En este sentido, la disidente yugoslava Heller advierte de que las estructuras sociales han de desmontarse si se quiere estar de acuerdo con las necesidades reales.

Para Cooper las formas institucionales deben existir mientras sean capaces de autodestruirse o de adaptarse en todo momento, para no producir impotencia, a la autonomía personal y de las minorías étnicas. Muchas de las posturas disidentes han nacido como consecuencia de reformas incompletas y parciales, de remodelaciones a cargo de expertos técnicos que olvidan la base social. Sin embargo, en ocasiones en que la masa ha participado plenamente en la toma de poder político, su esfuerzo reivindicativo le ha cansado y pronto ha vuelto a su plano inactivo. Por ello, Cooper es partidario de una **revolución social total** en lo económico, en lo político, en lo cultural, que deje abierta la puerta al cambio y evolución a tenor de las necesidades sociales. ■ CARMEN FERNANDEZ RUIZ.

CINE

"La última mujer"

Con la anhelada "La grande bouffe", coincide en nuestras

pantallas la penúltima obra de Marco Ferreri, "La última mujer" (1977). Posteriormente, Ferreri ha rodado "Adiós, macho", de bastante impacto en Italia. El guión de "La última mujer" sale, una vez más, de la colaboración del realizador con Rafael Azcona e incide de lleno en la poética de la mediocridad cotidiana y de la crisis de las relaciones hombre-mujer.

Vaya por delante que la copia proyectada en Madrid tiene defectos de sonido e imagen, y sobre todo que ha sufrido un doblaje tan criminal como puedan serlo los de, por ejemplo, "Starsky y Hutch". Pero "La última mujer" arrastra poco a poco al espectador, lo encela en una amarga fascinación. Como es habitual en Ferreri —el caso más claro podría ser "Dillinger è morto"—, la narración asfixia, la chatura de las secuencias va revelándose poco más y más letal, los diálogos mantienen una angustiante chabacanería: el resultado es siempre un poema del pesimismo y la confusión. Para colmo, en "La última mujer" los escasos exteriores son siempre bloques anónimos, complejos industriales amenazantes, niebla, polución, frialdad, asfalto. Pero el infierno no es sólo el decorado de fuera. Azcona-Ferreri siguen obsesivamente la acción en interiores, en especial en dormitorios, en baños. Se nos narra la historia de un separado joven, padre de un niño, que se pone sin más a vivir con una muchachita de la que nada se nos aclara (y aquí puede estribar el acaso único defecto de la película, fallo achacable quizá a que una mujer no ha metido mano en el guión: el personaje de Ornella Muti se nos va vaciamente de las manos). Pero lo que querían los autores era centrarlo todo en derredor del protagonista masculino, muy bien incorporado por Gérard Depardieu.

Es, pues, un análisis de la impotencia cotidiana desde y

para el hombre, el macho de hoy, sumido en la histeria, la ignorancia, la soledad, incapaz ya de seguir manteniendo con las mujeres ficciones de comportamiento, que ya se delatan como inservibles para siquiera sobrevivir; un macho escindido, que no sabe ni dar un paso en un mundo en el que ya nada es como le dijeron que era; un macho que se debate en busca de una fórmula que le permita la convivencia con esa desconocida llamada mujer, un dominador sin trono, un león sin rugido, un macho unido a un falo que ya no le sirve ni para interpretar, ni para transformar la vida, ni siquiera le ayuda a vivir.

Obra coherente con la lucidez y la misoginia hermanadas en ambos autores, "La última mujer" tiene mucho de ese alarido desesperado que hace que sean las películas paridas desde lo más hondo de esta crisis las que vayan a quedar como expresión de lo que nuestra vida era a estas alturas del siglo XX. Aquí falla el análisis del personaje femenino, pero el del masculino es antológico. ■ INTERINO.

"Sebastiane"

Nada más lejos del humor que esta película inglesa, realizada con pocos medios, hablada en latín (en un latín particular y "casero"), que se pretende ingeniosa, que quiere ser Fellini y que propone una estética homosexual —de liberación homosexual, pero fetichista, literaria y alienadora.

Realmente podía haber tenido gracia una versión de la vida de San Sebastián que muere por no dejarse seducir en un mundo donde las relaciones homosexuales masculinas están vistas con normalidad. De hecho la historia de su martirologio tendría relación así con la de tantas santas de la cristiandad que defendieron "su virtud" contra viento y marea. Tenía también una carta ganada de antemano el diálogo en latín (con lo que el santo gritaría "nunquam, nunquam" cuando intentaran violarlo) y un estímulo para el espectador encontrarse con la primera película porno-homosexual.

Sin embargo, el desarrollo de la película se pierde en pedantes trascendencias, en pretenciosos juegos anacrónicos, en el lucimiento de los desnudos, en la recreación "artística" de momentos cumbres (como la escena de amor en el río, a cámara lenta, con el agüita chorreando por los cuerpecitos bronceados) y hasta en una torpeza narrativa que en ocasiones hace la pe-

"La última mujer", de Marco Ferreri.



(1) ¿Quiénes son los disidentes?, por David Cooper. Ediciones Pre-Textos. Valencia.